

ENTREVISTA A S.E. MONS. BRUNO FORTE, ARZOBISPO DE CHIETI-VASTO, CONOCIDO TEÓLOGO Y MIEMBRO DEL PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS, DEL PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA Y DEL PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Con motivo de la “Visita ad Limina” de los Obispos de Abruzzo-Molise al Pontificio Consejo para la Familia, hemos planteado algunas preguntas a Mons. Bruno Forte sobre el sentido del matrimonio cristiano en el mundo contemporáneo y sobre la acción pastoral de la Iglesia a favor de la familia y de la vida. Ha surgido una rica reflexión teológico-pastoral en varios aspectos, que ayuda a releer con profundidad temas de gran actualidad. La primera parte de la entrevista se publica hoy, 21 de enero, en la web www.familia.va. La segunda parte será publicada el lunes próximo 28 c.m.

D. La familia se caracteriza por fuertes lazos (únicos, indisolubles), entre los esposos, de los esposos con los hijos. Fuertes relaciones entre géneros (hombre-mujer) y entre generaciones (padres-hijos). La sociedad y la cultura, en cambio, parecen caracterizarse por una especie de fragilidad, de “licuosidad”, en las relaciones. Todo esto con frecuencia hace que salten “chispas” y que la relación se vuelva áspera. ¿Usted qué opina? ¿Cómo encontrar la posibilidad de llevar a cabo un diálogo constructivo?

R. Nuestra sociedad, la sociedad posmoderna, ha sido definida como una sociedad, como una “modernidad líquida”. La definición es del sociólogo anglopolaco de origen hebreo, Zygmunt Bauman. Bauman define así la “licuosidad”: no es la ausencia de certezas de verdad, sino que más bien hay demasiadas. Habiendo tantas, cada uno absolutiza su propio punto de vista, su propio universo. Eso significa que faltan horizontes comunes, sueños y esperanzas que puedan unificar, como ocurría en el viejo mundo de las ideologías que, oponiéndose una a la otra, sin embargo unificaban. Ahora, paradójicamente, en esta sociedad líquida se advierte la necesidad de tener relaciones verdaderas, relaciones que venzan la fragilidad, la licuosidad del momento. Por eso el Evangelio de la Familia, tal y como lo propone la fe de la Iglesia, es a la vez inquietante y subversivo para esta difusa percepción de licuosidad, pero también es un Evangelio de esperanza, una buena nueva contra la soledad, que convenga al hombre de que es posible crear en la vida relaciones verdaderas, fundadas sobre una alianza de amor eterno y que esto, naturalmente, no es posible contando sólo con las fuerzas humanas sino gracias a un don que viene de lo alto. Por esto me parece que en la sociedad líquida, la propuesta de la familia, este “todo” de un amor imposible y posible realizado en una vida de pareja, en una relación conyugal y parental, sea un auténtico Evangelio.

D. El matrimonio es sacramento, presencia real de Cristo entre los esposos, en la familia, en la Iglesia y en la sociedad. ¿Es visible hoy esta presencia? ¿Cuál es el valor existencial del sacramento del matrimonio?

R. La palabra “sacramento”, como sabemos, es la traducción latina del griego neotestamentario “mysterium”, que se refiere a la gloria escondida y revelada en los designios de la historia. La obra de Dios en el tiempo de los hombres. Por eso, hablando de la familia y del matrimonio como sacramento, nos referimos a tres grandes horizontes: ante todo el del origen, la familia no nace simplemente de una convergencia de intereses humanos; es la respuesta a una llamada que viene de arriba; es, de algún modo, una vocación que bebe del misterio mismo del amor eterno de Dios; es el origen divino de la familia que viene indicado ante todo por el sacramento. En segundo lugar, el sacramento nos hace comprender que el vínculo nupcial es imagen y semejanza de Dios; que la Trinidad -esta relación de amor de tres que son uno- no es sólo el origen sino la causa ejemplar, formal, del vínculo familiar; así como en la Trinidad los tres son distintos en la unidad, así en la vida familiar —es una analogía, naturalmente, débil por la fragilidad humana pero fuerte por la gracia de Dios-, los dos mediante su fecundidad procreativa son signo de una unidad que debe ser construida cada día, pero que al ser dada de lo alto es imagen de la trinitaria. Finalmente, la Trinidad como destino; la familia es un camino, como el de todo ser humano, hacia la patria, hacia un gran horizonte lleno de sentido, no nos precipitamos hacia la muerte, hacia la nada, sino que somos reivindicantes del cielo y, en la concepción cristiana, la familia es vivir juntos este camino hacia la patria; los dos no sólo se prometen recíprocamente fidelidad y amor, sino que avanzan juntos hacia un horizonte de sentido, de esperanza y de belleza que es el horizonte de Dios; por estos motivos, subrayar el carácter

sacramental del vínculo nupcial me parece muy importante, tanto más cuanto que hoy ante la licuosidad de la que hablábamos, de la fragilidad, de la falta de horizontes, de raíces fuertes, hay más que nunca necesidad de encontrar anclas sobre las que construir una relación entre los dos estable y por eso fuente de verdad, de belleza y de paz.

D. En el matrimonio se realiza y se muestra la maravilla de la diferencia. El matrimonio es un misterio de comunión y de diferencia. ¿Cómo puede hacerse cada vez más visible en la comunidad eclesial e incluso en aquella que es intercultural?

R. La paradoja del amor, plenamente revelado en el misterio cristiano, es que la unidad y la comunión no se oponen a la diversidad y a la diferencia. Yo creo que el Evangelio trinitario, en este sentido, tiene una extraordinaria fecundidad para todos los aspectos de la vida, de modo especial para la vida relacional de la pareja y de la familia. Esto quiere decir dos cosas: por un lado, que en la familia cada uno debe ser él mismo, no debe existir una confusión de papeles de identidad; hay un padre, hay una madre, están los hijos, y esto no son sólo palabras; son palabras que implican una reciprocidad pero también implican una identidad fecunda; tenemos necesidad de madres que sean madres engendradoras de vida, capaces de tener ese sexto sentido, esa comprensión del otro, comenzando por el hijo naturalmente y también del marido, que se hace de manera no verbal, no conceptual; tenemos necesidad del padre, que sea de algún modo, en esta relación de reciprocidad, el referente generativo y orientativo de la vida; tenemos necesidad de hijos que sean expresión de esta fecundidad y que a la vez sepan relacionarse con los padres con una relación de comunión profunda, pero también de distinción, es decir que vivan su vida según su vocación y su libertad. Pero todo esto no es oponerse a la comunión; la familia es un lugar de diálogo y de recíproca acogida. Comprendo que decir estas cosas ante tantos escenarios de crisis puede parecer utópico, pero en cierto sentido, como decía Emerson, "los inocentes han hecho las cosas imposibles porque no sabían que lo eran". Si no tenemos una mirada abierta a la promesa de Dios y que está fundada sobre su proximidad, sobre su fidelidad, no podemos desafiar las actitudes de renuncia y de encerramiento en uno mismo, y no conseguiremos nunca construir una vía de belleza que realice la persona humana y la comunidad familiar según los designios de Dios.